

Tercer Domingo de Cuaresma C2022

Las lecturas de este tercer domingo de Cuaresma hablan de la misericordia de Dios y de la necesidad del arrepentimiento. Nos invitan a apreciar la misericordia de Dios y a arrepentirnos de nuestros pecados.

La primera lectura describe el encargo de Dios a Moisés para liberar al pueblo de Israel de la esclavitud en Egipto. Muestra cómo en ese momento, mientras Moisés apacentaba el rebaño de su suegro, vio una zarza ardiendo que no se quemaba.

También muestra cómo cuando se acercó a ella, Dios lo llamó de la zarza y le dio la misión de sacar a los hijos de Israel de Egipto. El texto termina con la revelación del nombre de Dios como el Dios de sus antepasados, Abraham, Isaac y Jacob.

Lo que este texto nos enseña es que Dios es sensible al sufrimiento y al dolor del pueblo oprimido. También existe la idea de que Dios se preocupa por el bienestar de su pueblo. La última idea está relacionada con la certeza de que para cumplir sus designios Dios se sirve de los seres humanos como instrumentos suyos.

Este texto nos ayuda a entender mejor el punto del Evangelio de hoy en que Jesús nos invita al arrepentimiento. Primero, el evangelio comienza con una historia que le contaron a Jesús acerca de unos galileos asesinados por Pilato mientras estaban sacrificando. Luego, habla de la reacción de Jesús al decir que los asesinados no eran pecadores mayores que todos los galileos. Después el Evangelio se refiere al accidente de la Torre de Siloé donde perdieron la vida dieciocho personas. Como en el primer caso, el Evangelio reitera la invitación de Jesús al arrepentimiento.

El Evangelio termina con la parábola de la higuera. Cuenta en particular la historia de un hombre que planeó destruir su árbol que no daba frutos, pero renunció a su proyecto gracias a la intervención de su jardinero.

¿Qué aprendemos del evangelio de hoy? Hoy quiero hablar de la gracia de una segunda oportunidad. ¿Qué quiero decir con esto? A modo de introducción déjame contarles una anécdota. En 1985 estuve involucrado en un accidente automovilístico. En ese momento, como un joven sacerdote, estaba enseñando en nuestro Seminario Menor. Tuvimos muchas dificultades financieras para mantener una vida normal para los seminaristas y para alimentarlos. A pesar de la buena voluntad de mis compañeros y mía de dar lo mejor de nosotros mismos para la formación de nuestros futuros sacerdotes, era difícil mantener esa institución sin dinero.

Una noche, uno de los seminaristas se enfermó y tuvimos que llevarlo al hospital. El único caro que llevábamos tenía unos problemas de freno que por falta de dinero se arreglaron. La repentina enfermedad de ese seminarista nos empujó a conducirlo en ese estado. En el camino de regreso, después de haber dejado al seminarista en el hospital, tuvimos un vuelco. Me sentí muy culpable porque era quien conducía.

Sin embargo, a pesar de este vuelco, el auto salió sin daños significativos y mi colega, que hoy es el obispo de mi diócesis de origen, y yo, estábamos sanos y salvos. Ese accidente es solo una pequeña parte de muchas tragedias que suceden en el mundo: piensen en el 11 de septiembre de 2001; Tsunami en 2004; el huracán Katrina en 2005; el terremoto de Haití en 2010. Muchas personas murieron, pero algunas otras tuvieron suerte y sobrevivieron.

Ahora, volvamos al accidente del caro: Un par de días después, sorprendí a un grupo de estudiantes hablando del accidente diciendo que no morimos porque no éramos pecadores. Cuando entré en mi camera, pensé mucho sobre lo que escuché. Me dije a mí mismo: “Me

salvó, no porque no sea un pecador, sino porque Dios es misericordioso. No tenía méritos que reclamar ante mi Señor. Tal vez si muriera en ese momento, extrañaría mi cielo”. Sabía que los estudiantes estaban equivocados al pensar así. La mala suerte y las desgracias no sólo les suceden a los que son pecadores.

En consecuencia, si aún estamos vivos, a pesar de todos los pecados cometidos a lo largo de nuestra vida, es por la paciencia de Dios. Dios nos da un tiempo extra para arrepentirse. Siempre da una segunda oportunidad. Hay que aprovechar la segunda oportunidad. Tenemos que aceptarlo, no como una buena suerte, sino como una gracia que nos da ahora para arrepentirnos. La pregunta aquí es simple, pero sería: ¿Podemos sentir gratitud por la gracia de una segunda oportunidad? ¿Qué harás para que no se repita un error del pasado?

Jesús lo dice claramente: los galileos asesinados por Pilato no eran los mayores pecadores entre sus compatriotas. Tampoco las dieciocho personas sobre las que cayó la torre de Siloé, los peores de los habitantes de Jerusalén. Luego viene una advertencia: “Si ustedes no se arrepienten, perecerán de manera semejante”.

Lo que Jesús quiere recordarnos aquí es que si a otros les pasan cosas malas y no a nosotros, no es porque seamos santos, sino porque Dios es misericordioso y paciente con nosotros.

En verdad, Dios nos da una segunda oportunidad para que lo hagamos mejor que lo que hemos hecho hasta ahora. Él nos da tiempo extra para que podamos cambiar como el dueño de la higuera que demoró en cortar el árbol con la esperanza de que pudiera dar frutos en el futuro.

Lo que nos puede ayudar a comprender la gravedad de las palabras de Jesús es mirar nuestro pasado. Si somos sinceros, podemos decir simplemente: “Gracias Jesús, porque me das una segunda oportunidad”. Entonces, podemos confesar con sinceridad la verdad del Salmo 130 cuando dice: “¡Si Tú, Señor, pudieras contar nuestros pecados, quién sobreviviría!”.

Por eso, en lugar de ser complacientes, debemos apreciar la paciencia de Dios hacia nosotros. Después de todo, no somos los mejores de los hombres, sino pecadores perdonados. Lo que tiene que hacer un pecador no es jactarse de sus méritos, sino arrepentirse de sus pecados.

¡Pero qué tiempo tan maravilloso para hacerlo que durante la Cuaresma! Por eso, en la vida de la Iglesia, la Cuaresma es un tiempo de gracia para la conversión del corazón. Pero, el desafío siempre está ahí: ¿escucharemos este llamado de Dios? ¿O volveremos a dejar pasar este tiempo sin actuar como hasta ahora?

Además, si es cierto que Dios es paciente y misericordioso con nosotros, entonces, no debemos reírnos de los que sufren como si Dios los golpeará a causa de sus pecados. No debemos mirar a los que tienen desgracias en su vida como personas pecadoras. Al contrario, tenemos que ser humildes y agradecidos con Dios por su paciencia y misericordia con nosotros, pero al mismo tiempo enmendar nuestros pecados.

Si vivimos este tiempo de Cuaresma con este espíritu profundo, nos será provechoso. Aprovechemos este maravilloso tiempo de conversión y purifiquemos nuestra vida a través del sacramento de la confesión. Pidamos al Señor el valor de tomar en serio la presente segunda oportunidad y reconciliarnos con él y con nuestros semejantes. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Éxodo 3: 1-8a, 13-15; 1 Corintos 10: 1-6, 10-12; Lucas 13: 1-9



Fecha de la Homilía: el 20 de Marzo, 2022
© 2022 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org
El nombre de Documento: 20220320 homilia.pdf